

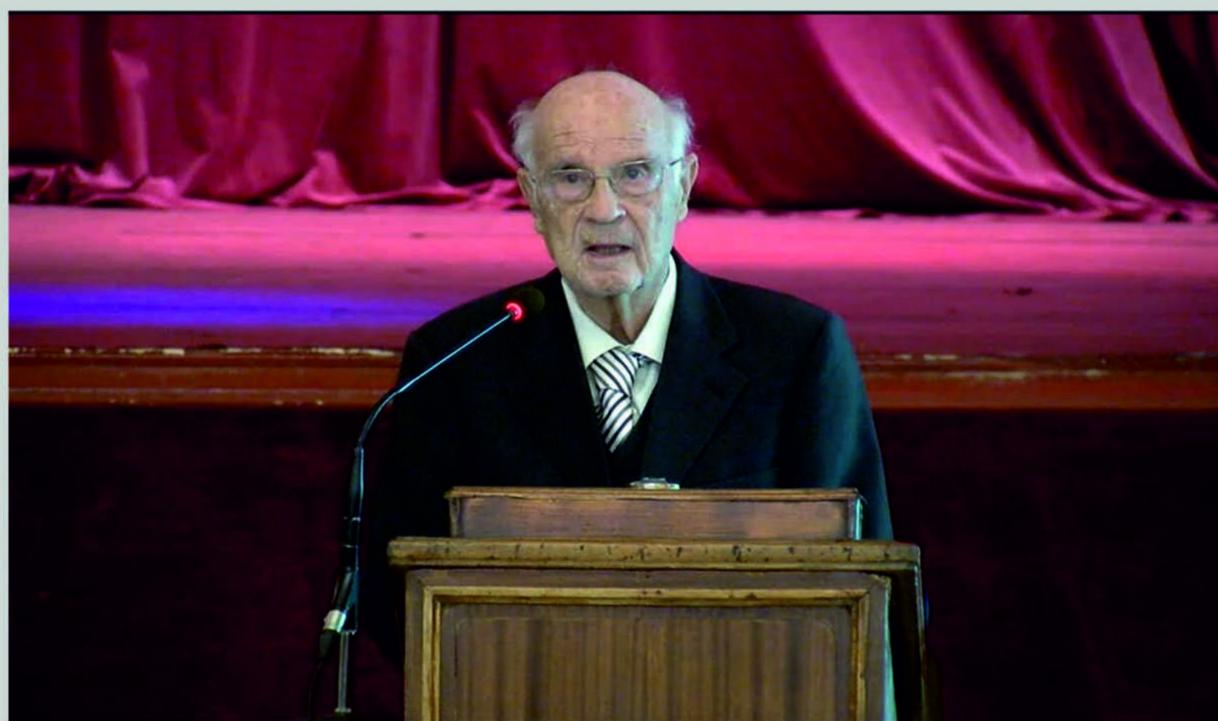
REAL ACADEMIA
DE
CÓRDOBA

COLECCIÓN
RAFAEL CASTEJÓN

III

MÉDICOS CORDOBESES
DE AYER Y DE HOY

MÉDICOS CORDOBESES DE AYER Y DE HOY



Á. FERNÁNDEZ
M. CASAL
R. LUQUE
Coordinadores



ÁNGEL FERNÁNDEZ DUEÑAS
MANUEL CASAL ROMÁN
ROSA LUQUE REYES
Coordinadores

2018

REAL ACADEMIA DE CÓRDOBA

**ÁNGEL FERNÁNDEZ DUEÑAS
MANUEL CASAL ROMÁN
ROSA LUQUE REYES**
Coordinadores

**MÉDICOS CORDOBESES
DE AYER Y DE HOY**

REAL ACADEMIA DE CÓRDOBA

2018

MÉDICOS CORDOBESES DE AYER Y DE HOY
(Colección *Rafael Castejón III*)

Coordinadores científicos:

Ángel Fernández Dueñas, académico numerario

Manuel Casal Román, académico numerario

Coordinadora editorial:

Rosa Luque Reyes, académica correspondiente

Portada:

Arriba, fotografía del monumento a al-Gāfiqī dedicado al célebre oculista por la ciudad de Córdoba.

Debajo, Juan del Rey Calero en un acto de la Real Academia de Córdoba.

© De esta edición: Real Academia de Córdoba

© Los autores del libro

ISBN: 978-84-120060-1-8

Dep. Legal: CO 2305-2018

Impreso en Litopress. Edicioneslitopress.com. Córdoba

Reservados todos los derechos. Ni la totalidad ni parte de este libro puede reproducirse o transmitirse por ningún procedimiento electrónico o mecánico, incluyendo fotocopias, grabación magnética o cualquier almacenamiento de información y sistema de recuperación, sin permiso escrito del Servicio de Publicaciones de la Real Academia de Córdoba.

**JOSÉ NAVARRO MORENO,
EL ORIGEN DE LA OTORRINOLARINGOLOGÍA
EN CÓRDOBA
(1884-1983)**

MANUEL CARPIO GONZÁLEZ
Académico Correspondiente

José Navarro Moreno nace en Granada el 3 de julio de 1884. Fue en su ciudad donde estudió el Bachillerato. Y también fue allí donde se impregnó de la influencia paterna, médico general con aspiraciones de oftalmólogo.

Como no podía ser de otra manera, José Navarro se matriculó en la Facultad de Medicina de la ciudad nazarí, entonces ubicada en el antiguo Hospital de San Juan de Dios; aunque un tío suyo, militar de profesión, intentase atraerlo hacia el oficio de las armas.

Así, con el inicio del siglo XX, comenzó los estudios de Medicina, que por aquel entonces constaban de siete de cursos: uno preparatorio con Botánica, Biología General, Física y Química, y los otros seis con asignaturas propiamente médicas.

El 26 de junio de 1906 obtuvo el grado de licenciado, junto a otros 17 compañeros, de los 30 que habían iniciado los estudios.

No satisfecho con su bagaje profesional, decidió completarlo con estudios de doctorado, por lo que marchó a Madrid, único lugar de España donde podían cursarse.

Ya en la capital del reino, se matriculó de los cursos de doctorado: Psicología experimental, Historia de la medicina, Antropología y Análisis clínicos.

Finalizado el programa doctoral, regresó a Granada para preparar la Memoria que habría de servir como tesis doctoral y que versaba sobre el *Diagnóstico de la tuberculosis a base de la oftalmorreacción de Calmette* (método de uso frecuente por aquel entonces para el diagnóstico de la tuberculosis y de las fiebres tifoideas).

La exposición pública del trabajo se realizó ante un tribunal formado por los profesores San Martín, Rivera, Pareja y Ramón y Cajal. Fue este último el que, extrañado por la profusión de datos que aportaba el doctorando y exactitud de los mismos, preguntó por las fuentes y método de trabajo, a lo que el ponente contestó que la exactitud estaba en el cariño y dedicación que se le pusiese al trabajo de cada día.

“El médico de los oídos”

Ya flamante doctor con 24 años, se trasladó a Córdoba, donde pensó que tenía más expectativas de trabajo.

Inicialmente fijó su residencia en el Hotel de España y Francia, pero ello fue provisional pues pasados cuatro meses se trasladó a un minúsculo piso en el número 1 de la calle Marqués del Boil, donde también abrió consulta de otorrinolaringología. Desde ese momento para el pueblo llano fue el “médico de los oídos”.

Pero ¿por qué otorrinolaringología? La contestación a esa pregunta hemos de buscarla en su primer año de estudiante de Medicina en Granada. Fue el catedrático de anatomía Pedro Peláez Villegas, que interinamente también enseñaba la asignatura de Otorrinolaringología, quien le propuso asistir a su consulta particular como ayudante, al advertir el magnífico aprovechamiento que sacaba de sus lecciones de anatomía.

Con el profesor Peláez aprendió la exploración de la especialidad, aun no teniendo bases teóricas pues la materia se impartía en un curso más superior. Cuando accedió a los cursos clínicos, José Navarro ganó por oposición la plaza de alumno interno de Otorrinolaringología, siendo entonces ya catedrático de la materia el profesor Federico Olóriz Aguilera.

La formación especializada del doctor Navarro la obtuvo en breves estancias en Burdeos para aprender de los profesores Moure y Portmann, pero sobre todo fue autodidacta en su clínica de Córdoba.

El 14 de mayo de 1910 trasladó su vivienda y consulta desde la ya citada en Marqués del Boil hasta las instalaciones del Laboratorio Químico-bacteriológico Municipal, cuya plaza de titular había ganado por concurso de méritos y además contaba con vivienda para su director en la calle Horno de San Juan número 4, donde también pasaba su consulta privada. Es justo mencionar que su pasión era la otorrinolaringología, en la que trabajaba *de balde*, y que el cargo de director del laboratorio era su verdadero sustento económico.

Médico de la Beneficencia Provincial

Desde 1914 también fue médico supernumerario de la beneficencia provincial y desde el 13 de diciembre de 1916 médico auxiliar de dicha beneficencia, situación profesional que compensó la desaparición

del Laboratorio Municipal el 29 de diciembre de 1916, al suprimir el Consistorio este servicio.

Fue en la Beneficencia donde instauró el primer Servicio Público de Otorrinolaringología de la provincia de Córdoba, pero era una atención voluntarista, pues al ganar en diciembre de 1918, con el número uno, la oposición al Cuerpo Numerario de Beneficencia hubo de ingresar como cirujano general, pues el organigrama de la institución en el Hospital de Agudos no contemplaba la otorrinolaringología, creándose la paradoja de que el 60% de los enfermos ingresados en cirugía eran de otorrinolaringología.

Ejerció la cirugía general durante algunos años, siendo el primero que realizó en la ciudad una resección total de estómago, y sirviéndole para entablar amistad con los doctores Emilio Luque y José Altolaquíre, este último de carácter opuesto al del doctor Navarro y con el que tuvo sus más y sus menos.

En 1921 ingresó como académico numerario en la Academia de Ciencias Médicas de Córdoba, fundada por el doctor Luque Morata, siendo recibido en sesión solemne de 20 de diciembre con la impartición de la lección *Orientación y equilibrio*.

En los momentos previos a la proclamación de la II República, cesó a petición propia del cargo de decano de la Beneficencia Provincial, que ostentaba desde 1927, y para el que volvería a ser elegido en noviembre de 1939 hasta su cese, nuevamente a petición propia en enero de 1946.

Creación de la especialidad de otorrinolaringología

Pero no avancemos tan rápido, porque por fin en febrero de 1935 por iniciativa personal y propia gestión, creó la Diputación Provincial el servicio de la especialidad de otorrinolaringología en el ámbito de la Beneficencia Provincial, a cuya jefatura accede por incuestionable concurso de méritos y que dirigió hasta su jubilación.

Su valía profesional y la necesidad que de su ciencia tenía Córdoba se confirmaron cuando en septiembre de 1935 lo nombró el ministro de Trabajo otorrinolaringólogo de los Servicios de la Inspección Provincial de Sanidad, siendo ratificado en el cargo por el gobernador militar en los inicios de la Guerra Civil. Durante la lucha fratricida quedó enrolado en la sanidad militar y permaneció al pie del cañón durante toda la guerra, atendiendo a heridos y aportando sus amplios conocimientos quirúrgicos.

Fue la misma autoridad quien lo designó, el año de finalización de la contienda, para que, junto al jefe provincial de Sanidad, afrontase el estudio del tifus exantemático que tantos estragos causaba en una población desnutrida y con malísimas condiciones higiénicas. A resultas de esta actuación se creó el Hospital de Aislamiento de la Huerta de la Reina, que dirigió por ser decano de la Beneficencia.

Pero conocedor del abandono que sufrían los profesionales en la provincia, viajó por toda ella para dar sesiones prácticas de cirugía y propedéutica. Ello le valió ser condecorado con la Orden Civil de Sanidad.

Ingreso como numerario en la Real Academia de Córdoba

El 21 de febrero de 1942 la Real Academia de Ciencias, Bellas Artes y Nobles letras de Córdoba, a la que había ingresado como correspondiente el 8 de noviembre de 1924, lo recibió como miembro de número. Su discurso *El carácter empírico de la Medicina* fue contestado por José María Rey Díaz.



Carnet de colegiado en el Colegio de Médicos de Córdoba.

Aunque colegiado en abril de 1918, puede decirse que al Consejo Directivo del Colegio de Médicos accedió tarde, ya que se incorporó a él entre 1939 y 1942, pero si tarde llegó casi le fue imposible irse pues lo presidió entre 1946 y 1963, periodo y ocupación que le pareció excesiva y en la que solicitó su cese sin que se le admitiese su dimisión. Fue durante su presidencia cuando se adquirió y construyó la antigua sede en la calle María Cristina.

Durante este periodo también actuó como médico de empresa, el primero y único en Córdoba, al estar a su cargo la asistencia médica en la Sociedad Española de Construcciones Electromecánicas.

Como ya se ha dicho, la otorrinolaringología la ejerció en la más absoluta soledad pues tan solo 10 años después de iniciar la consulta, llegó a Córdoba el segundo especialista, el doctor Juan Romaguera.

No hace falta mucha imaginación para comprender que la cantidad de enfermos que llevaba tratados le proporcionaba un bagaje clínico que le permitía compararse con los grandes nombres de la especialidad en España: los Barajas, Huarte, Martín-Calderín etc..., todos contemporáneos y amigos.

Pero si con alguien tuvo especial relación profesional fue con el doctor García Tapia, cuyo nombre estará siempre vinculado al cáncer de laringe y una técnica de laringuectomía. Ambos se conocieron por medio de un enfermo al que llevó José Navarro personalmente a Madrid para que el doctor García Tapia lo visitase en el sanatorio de Villa Luz. Ese fue el origen de una amistad y fructífera relación profesional.

Pionero del asociacionismo científico

Podría estar exhausto de trabajo, pero su mente ávida de enseñar no descansaba. En 1911 se había fundado en Barcelona la Sociedad Catalana de Otorrinolaringología y José Navarro, consciente de la necesidad de disponer de un foro de opinión semejante, creó el 21 de enero de 1949 junto a otros compañeros la Sociedad Andaluza de Otorrinolaringología, segunda por tanto en España, y tras la cual llegó inmediatamente ese mismo año la Sociedad Española de Otorrinolaringología y Patología Cérvico-facial, en cuya creación también participó y que agradecida le otorgó su Medalla de Oro en acto celebrado en Málaga en 1970. Pero que sea el propio José Navarro, otra vez, en un fragmento de su discurso de agradecimiento de aquella sesión memo-

rable, el que defina, en definitiva, su postura profesional. Dijo, entre otras cosas:

(...) Fue siempre norma de nuestra conducta el estricto cumplimiento del deber, sin que al impulso obligado del imperativo de nuestra actuación, se sumara ningún sentimiento de interés egoísta procurando, cómo no, el más amplio conocimiento de las materias que constituyen el cuerpo de nuestra disciplina, el mayor perfeccionamiento de la técnica; en una palabra, saber más para el mejor desempeño de nuestra misión, en un afán de constante superación en el orden científico y profesional, para lograr la mayor eficacia de nuestra actuación en bien de la humanidad, misión fundamental que nos impone nuestra profesión (...).

Es importante que la huella que se deje sea ahondada por otros, para que el viento del tiempo no la borre. El doctor José Navarro dejó su huella que fue ahondada por sus múltiples discípulos. Aquellos que se formaron con él en el antiguo Hospital de Agudos (Hospital del Cardenal Salazar), facultativos que luego fueron dinteles de la otorrinolaringología cordobesa: los doctores Molina Beca, Ramírez Mohedano, Roncal y cómo no, su hijo Fernando, maestro de maestros, primer profesor de la asignatura de Otorrinolaringología de la Facultad de Medicina de Córdoba y sin olvidar a su nieto Fernando, también profesor, amigo del que suscribe.



Tres generaciones de otorrinolaringólogos. De izquierda a derecha, Fernando Navarro Jiménez, José Navarro Moreno y Fernando Navarro Ortiz.

El trabajo en el hospital lo ordenaba metódicamente. Llegaba a las nueve y se marchaba a las dos. Los lunes, miércoles y sábados había consulta con limitación de cinco enfermos por día; martes y jueves operatoria mayor (laringuectomías, timpanoplastias, etc.); y el viernes operatoria menor (generalmente amigdalectomías). En total unas veinticinco intervenciones semanales.

Investigador constante

Pero el trabajo cotidiano no le alejó de la investigación, y de la trasmisión de sus conocimientos a la que siempre estaba presto. Era continuo su ritmo de edición de trabajos y publicaciones de alto valor científico y esperados como agua de mayo por los profesionales de la otorrinolaringología; entre ellos *Fisiología de la audición*, *Mecanismo de la fonación*, *Leves nociones de fonética*, etc. Una de sus últimas aportaciones, *La clínica de las otorreas*, quedó como verdadero libro de texto, por su exposición sistemática, abundancia de casos clínicos e ingente bibliografía.

Consciente de la ignorancia de la época y siempre amante de la docencia, tampoco descuidó las publicaciones divulgativas, algunas de ellas conferencias, luego plasmadas en papel y entre las que merecen ser citadas *Tabaco y cáncer*, *Vocación y ética del médico*, *Albucasis*, *el hombre y su obra*, *Manuel García, genio del arte y de la ciencia*.

Y así podríamos seguir apostillando la obra escrita del doctor Navarro Moreno, pero con ello podríamos tener la tentación de encumbrarlo al pedestal de los héroes, de los inmortales, y nada más lejos de nuestra intención, pues José Navarro Moreno no era más que un humanista, un hombre que sabía fundir su ciencia con la amenidad y gracia de sus escritos por profundos que estos fuesen. Pero él solo se percibía como aquello que quiso ser en su Granada natal: como un médico.

Pero no todo era fuerza interior, era consciente de que no hubiese podido hacer nada sin su esposa, Julia, mujer, madre, abuela y bisabuela de médicos.

Si Nietzsche decía que los movimientos del corazón y las marejadas de las pasiones son iguales en todas las mujeres, y que solo varían en las formas, por las diferencias de fortuna, de cultura y sobre todo y desgraciadamente por la irritabilidad del orgullo, habría que aconsejar al filósofo alemán, si aún viviese ¡Dios no lo quiera! que estudiase a la

mujer del médico y observaría cómo postpone todo a la vocación de su marido.

Pero también llega el momento del descanso de la lucha en la penumbra del consultorio e inexorablemente, en 1954, alcanzó su edad de jubilación.

Creía que todo había concluido. ¡Ni mucho menos!

Si agradecidos fueron los médicos españoles, más tempranamente lo habían sido los andaluces que homenajearon al doctor Navarro durante su IX Asamblea, celebrada en Córdoba en mayo de 1961, corriendo a cargo de los doctores Alcázar García y Pérez del Bosque la ponencia *Revisión de 10 años de terapéutica sulfamídica y antibiótica en otorrinolaringología*. Esta asamblea, que tenía que haberse celebrado en Almería, fue una explosión de agradecimientos y reconocimientos al padre de la otorrinolaringología cordobesa, con participación de ciento treinta especialistas y representantes de todas las autoridades, sociedades y cátedras, y la presentación de cincuenta y nueve trabajos. Supuso un hito para la medicina cordobesa y para la historia de la ciudad.

Dejado el Servicio de Otorrinolaringología en las inigualables manos de su discípulo e hijo, la vida de José Navarro fue transcurriendo plácidamente entre hijos y nietos, y el 13 de febrero de 1983, no habiendo cumplido aún los 99 años, con una mente lúcida que le había permitido leer como todos los días su *ABC*, se fue.

Reconocer la capacidad, entrega y méritos de algunos de nuestros más destacados médicos, trazar su perfil biográfico y destacar los hitos más importantes que les acontecieron es tarea, en esta ocasión, de un buen ramillete de especialistas, académicos en su mayoría, que han puesto su pluma, cual amanuenses, al servicio de estos ilustres personajes de la historia de la medicina cordobesa.

En conjunto conforman más de una decena los facultativos que fueron objeto de tratamiento biográfico en las conferencias pronunciadas durante las III Jornadas del ciclo *Cordobeses de ayer y de hoy*, celebradas del 21 al 28 del mes de septiembre de 2018, y que hoy salen a la luz constituyendo el tercero de los volúmenes de la colección *Rafael Castejón*.

JOSÉ COSANO MOYANO
Director de la Real Academia de Córdoba

